El Maipo




# La política no funciona en el vacío. Por Carlos Cerpa Miranda

Posted on Noviembre 12, 2026

El resultado electoral del pasado martes 3 de noviembre en Estados Unidos, con un contundente triunfo del Partido Demócrata, dará lugar a numerosos análisis y detallados *papers*.

Algunos pondrán el foco en Trump: su guerra contra Irán, el trato discrecional hacia otros países, las tarifas comerciales y la ruptura de acuerdos de libre comercio, incluso pasando por encima de sus propios aliados; su respaldo a la política de destrucción de Gaza y las consecuencias de una política exterior que ha tensionado las relaciones internacionales.

Otros dirigirán su atención al poder de las grandes tecnológicas y a la expansión de los centros de datos, cuya creciente demanda de agua y electricidad ha dejado de ser una advertencia teórica para convertirse en un problema concreto. Y, como ocurrió en varios estados norteamericanos donde el tecnocapitalismo planea sembrar el espacio territorial con data centers, comenzó a ser parte del debate público y a expresarse en voto de rechazo.

Habrá también quienes examinen la disputa interna del Partido Demócrata, las diferencias entre sus sectores tradicionales y las corrientes progresistas y socialistas democráticas, que encuentran en la elección de Zohran Mamdani como alcalde de Nueva York una expresión política y una posibilidad de acción que comienza a emerger, acompañada de nuevas formas de comunicar y movilizar. Todas estas

miradas tendrán, sin duda, elementos importantes que aportar y será la capacidad de encontrar respuestas la mejor manera de encausar las diferencias.

Sin embargo, hay otra cuestión que no merece ser pasada por alto. Esto es, el significado político de un resultado electoral en el que las demandas por mejores salarios, vivienda, salud y condiciones de vida volvieron a ocupar un lugar preponderante en el debate público. Porque quizás una de las principales lecciones de esta elección sea que una parte importante de la ciudadanía no está buscando solamente una administración distinta, sino respuestas concretas a problemas que la política tradicional no ha conseguido resolver.

En esta pasada, el voto favoreció a quienes supieron recoger esas aspiraciones y convertirlas en propuestas reconocibles. Esto no significa necesariamente que se haya producido un desplazamiento ideológico generalizado del electorado, ni que las mayorías hayan adherido a un determinado programa de transformación social. Puede expresar, más bien, una demanda por respuestas concretas frente a problemas que afectan directamente la economía familiar , y que bajo la hegemonía del capitalismo neoliberal globalizado se extendió a todo el planeta. La protesta social que hemos conocido en varios países europeos y que, en el caso de EEUU, ha sido acompañada por el creciente malestar hacia la guerra contra Irán, dentro de sus diferencias, pareciera responder a ese mismo patrón.

Derivado de lo anterior, se puede agregar algo más. Cuando las condiciones materiales de existencia se deterioran, las adhesiones electorales pueden cambiar y las fuerzas políticas que durante largo tiempo parecieron representar una opción estable dejan de contar con la misma confianza ciudadana. Es esta una característica transversal, que no distingue entre gobiernos de derecha, centro o izquierda.

Como fenómeno político-electoral, lo hemos visto afectar a los demócratas en Estados Unidos, a la socialdemocracia europea, a los gobiernos progresistas en Chile, al peronismo en Argentina, y ahora Trump. Pero la otra cara de la misma moneda, es el triunfo de Lula en Brasil, como antes lo fue el de Zohran Mandani en Nueva York. Si el deterioro de las condiciones de vida puede erosionar la adhesión a un gobierno (Trump-Kast y otros) la recuperación de las expectativas de bienestar puede ser factor de regeneración de las confianzas. Dejar por el contrario ese factor de lado, ignorarlo, no darle importancia por desfase entre la política y la realidad social, o pensar que la trayectoria actuará sobre las conciencias por teledirección, es la mejor manera de asegurar boletos a nuevas derrotas.

Hay evidencia concreta para nuevos derroteros. Mientras Lula en Brasil le dio menos importancia a defender los avances sociales conseguidos por sus gobiernos y se concentró en reactivar una relación política con la sociedad, movilizando sectores sociales, jóvenes y sectores sociales precarizados; un año antes, en noviembre de 2025, Zohran Mandani conseguía transformar problemas habitualmente considerados individuales en asuntos colectivos que requieren respuestas públicas. El precio de los alimentos, el costo del arriendo o el transporte dejaron de ser exclusivamente cuestiones que cada familia

debía resolver según sus posibilidades económicas. Pasaron a formar parte de una discusión sobre las responsabilidades del Estado, la organización de la economía y el derecho de las personas a vivir dignamente.

Esa orientación también arroja luces sobre las tensiones que atraviesan las fuerzas democráticas y progresistas. Durante décadas, una parte importante de ellas fue desplazando sus propuestas de transformación hacia posiciones más moderadas, confiando en que el crecimiento económico y una administración eficiente serían suficientes para conservar su relación con las mayorías. Pero cuando el acceso a derechos, cuando la prosperidad se desvanece y depende cada vez más de la anchura del bolsillo y amplios sectores caen en la cuenta que sus problemas no encuentran representación política, el resultado es que esa relación se fractura y busca una salida, aun cuando esa salida al poco andar se devele como una trampa. Es el caso de todos los gobiernos de ultraderecha en América Latina, sin excepción.

Estos ejemplos, prueban que existe espacio para disputar esa desconexión desde la capacidad de la política progresista para ofrecer un horizonte de bienestar. Pero recuperar ese vínculo exige devolver los problemas colectivos al espacio de la deliberación democrática y demostrar que el progresismo y la izquierda pueden gobernar, entregar estabilidad, hacer crecer la economía, sin dejar de transformar las condiciones materiales de existencia.

En definitiva, pareciera empezar a despejarse un problema que ha ocupado a muchos analistas y estudiosos y que ha dejado perplejo a otros tantos. Esto es, que las mayorías no necesariamente se alejan de la política. Pueden, más bien, alejarse de aquellas fuerzas que dejan de representar sus aspiraciones y mostrarle un mejor futuro.

Para El Maipo, Carlos Cerpa Miranda, analista político. Colaborador de El Maipo.

*El contenido vertido en esta columna de opinión es de exclusiva responsabilidad de su autor, y no refleja necesariamente la línea editorial El Maipo.*